

PALABRAS DE MILENA VODANOVIC EN LA MISA DEL FUNERAL DE SU PADRE

14 DE FEBRERO DE 2001

E

n 1926 un yugoslavo radicado en Chile decidió volver a su natal isla de Brac. Hizo los baúles y tomó boletos en un barco sin regreso. Lo acompañaban sus hijas María, ya adolescente, y Vania, de cuatro años. Su joven esposa, Luisa Pistelli, y la madre de ésta, la italiana Matilde Benvenuto.

Este hombre, de 48 años, era mi abuelo y Luisa, su mujer, mi abuela. Ella, mi Nona, tenía el corazón herido: acababa de perder un hijo, Ivito, de dos años, por una pulmonía, y estaba dejando el Chile que la vio nacer para ir a vivir a un país extraño, cuya lengua apenas hablaba. Además, estaba embarazada de mi padre. La travesía duró varios meses, mi abuela se mareó, apenas comió y, de seguro, estaba triste.

Mi padre nació en Split, Yugoslavia, el 30 de agosto una noche en que mi abuelo salió presuroso por las calles buscando a gritos a Mama Dolce, la matrona.

Mi padre nació con espina bífida. El médico que lo opero – un avanzado para su época - le dijo a mi abuela que el niño no sobreviviría muchos años y, que si lo hacía, quedaría vegetal, con retraso mental o inválido.

Desde ese día mi padre fue encomendado a Judas Tadeo, mi abuela – instintivamente – le dio pecho con la cabeza hacia abajo, para irrigar su cerebro y lo bautizaron rápidamente: Sergei Viekoslav, Sergio Luis. Mi padre siempre decía, bromeando, que no le pusieron Antonio – el nombre familiar – para no desperdiciar el nombre. Hoy su pequeño nieto, Antonio Solari, reivindica la tradición.

Cosas de la vida, la familia volvió a Chile seis meses después y, milagro de la vida, mi padre no murió, ni quedó vegetal, ni con retardo mental, ni inválido... solo levemente cojo, con un daño renal importante y unas ganas de ser y de vivir que le permitieron estar plenamente en este mundo setenta y cuatro años.

Estoy convencida que fue el deseo íntimo y furibundo de no ser “el enfermito”, lo que determinó en mi padre, siendo niño, un carácter decidido, autónomo, gozador de su libertad. Unas ganas de ser que lo llevaron a formar el Club Pedaleo – un club de ciclistas – en la plaza Montt, o a anunciarle a su madre, a los quince años que estaba harto de los padres franceses, el colegio de pago y estatus en que mi abuelo había hecho esfuerzos por tenerlo, y que por su cuenta se había ido a matricular en el Liceo de Aplicación.

Después: a comerse el mundo, la Acción Católica, la Falange, estudiar derecho, trabajar desde los 18 años en la Caja de Empleados Públicos, los radioteatros, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica y todo lo que ya sabemos.

El amor que llegó de la mano de mi madre, Betty Johnson, un día como hoy: un catorce de febrero. Dicen que el alma de mi padre todavía está por aquí, así es que no voy a decir en pasado. Sí, hoy mis padres están de aniversario de pololeo. Cumplen cuarenta y cuatro años juntos.

Que más puedo decir. Mi padre fue un hombre íntegro, crítico, amado, leal, con un sentido ético profundo, gozador, sibarita, a veces neurótico y mal genio, niño chico y un hombre con suerte: vivió setenta y cuatro años, el niño milagro de mi nona. Alcanzó a ver dos nietos – lo que nunca soñó – y a cruzar el cambio de siglo.

Que más papá: mi papá amado. Te amamos y estarás por siempre en nuestro corazón.